

MARÍA LLAPART
JOSÉ ENRIQUE MONROSI
**LA COALICIÓN
FRENTE
A LA PANDEMIA**

CRÓNICA POLÍTICA DEL AÑO
QUE CAMBIÓ LA HISTORIA



La coalición frente a la pandemia

Crónica política del año que cambió la historia

María Llapart y
José Enrique Monrosi

© María Llapart Varona, 2020
© José Enrique Monrosi Otero, 2020

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre de 2020

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2020
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B. 15.787-2020
ISBN: 978-84-9942-934-2

ÍNDICE

Prólogo: Pedro y Pablo	13
------------------------	----

PRIMERA PARTE COALICIÓN

1. El veto	19
2. Manual de una mala negociación	27
3. Calvo no suelta Igualdad	31
4. Tú a Telecinco y yo a Antena 3	37
5. Sin investidura	45
6. Campaña en llamas	53
7. Resaca electoral	61
8. Café para el Vicepresidente	67
9. Rivera, <i>game over</i>	73
10. Un pacto en zapatillas	81
11. El abrazo	87
12. La negociadora	95
13. Euskadi, tierra de Estado	105
14. Unas taquillas de Renfe por la presidencia	115
15. Sánchez, Presidente	123

SEGUNDA PARTE
PANDEMIA

1. Illa, un ministro sin competencias	131
2. Luna de miel	137
3. Primeros desencuentros	145
4. El virus llegado de China	153
5. El inicio de la curva	159
6. Cuarenta y ocho horas sin retorno	167
7. Cuenta atrás para el estado de alarma	175
8. Histórico Consejo de Ministros	181
9. Mil muertos al día	187
10. Gobernar en coalición	199
11. Acoso al Gobierno	213
12. Minoría absoluta	219
13. La pelota vuelve a rodar	227
14. Lo dejamos aquí	231
Agradecimientos	235

EL VETO

El calor y el ambiente político son asfixiantes en Madrid en el verano que sigue a las elecciones del 28 de abril de 2019. Las negociaciones para la formación de Gobierno se convierten en un duelo bajo el sol entre los dos grandes partidos de la izquierda española. Es jueves 18 de julio. Falta una semana para la investidura y Pablo Iglesias ve venir el siguiente golpe:

—Compañeros, creo que se acercan los momentos difíciles. Hay que estar tranquilos y preparados.

Mediante esta advertencia, lanzada en una reunión del grupo confederal de Unidas Podemos en el Congreso, Iglesias demuestra que sabe interpretar las pistas que Sánchez ya ni se esfuerza en encriptar.

—Siempre he tenido muchas dudas de que Pablo Iglesias se incorpore al Gobierno —anuncia el líder socialista unos minutos antes en una entrevista en la Cadena Ser.

Iglesias sabe que Sánchez acaba de poner la mirilla sobre él. Y su reacción es retarle: si tiene que disparar, que dispare ya.

—Si Pedro quiere vetar a alguien o cree que yo no puedo estar en el Gobierno, que salga y lo diga. Que lo explique —repite tres veces Iglesias en una entrevista.

Sánchez tarda cuarenta y ocho horas en hacerle caso. A solo cuatro días de la investidura, el presidente en funciones apunta bien y dispara.

—¿Está vetado o no está vetado Pablo Iglesias en el futuro Gobierno si usted pacta con Unidas Podemos? —le pregunta el periodista Antonio García Ferreras en laSexta.

—Es el principal escollo para formar un Gobierno de coalición entre el Partido Socialista y Unidas Podemos. No se dan las condiciones para que el señor Iglesias sea miembro de ese Gobierno.

Apenas han transcurrido diez segundos de entrevista, pero ya está todo dicho. El mensaje no es precisamente ambiguo. Ferreras le pregunta a Sánchez directamente lo que el presidente lleva días insinuando porque quiere que lo aclare. Él responde como si fuera lo único que quería decir y el resto de la entrevista le sobrara.

El líder del PSOE intenta justificar su decisión explicando a los miles de espectadores que él y Pablo Iglesias mantienen «desavenencias muy importantes en el ámbito estatal». En realidad, tenía decidido disparar y es lo que hace. Y no quiere que queden ni pólvora ni dudas en el cartucho:

—Necesito un vicepresidente que defienda la democracia española.

La jugada no es ninguna improvisación. Alrededor de Pedro Sánchez hay varias personas que siempre están al corriente de las estrategias y de los movimientos antes de que ocurran. Es el llamado «núcleo duro» del presidente, y lo componen Adriana Lastra, Carmen Calvo, José Luis Ábalos, Iván Redondo, Félix Bolaños y Santos Cerdán, secretario de Organización Territorial del PSOE. Las posibles consecuencias del veto son analizadas previamente y no todos opinan exactamente lo mismo.

La noticia le llega a Pablo Iglesias en plena reunión con Antonio Garamendi, presidente de la patronal de empresarios. Aunque Iglesias lleva días anticipando la jugada, el anuncio cae sobre el partido como una auténtica bomba.

En Podemos hay unanimidad en el fondo: el veto es injusto y humillante para el líder de una formación con casi cuatro millo-

nes de votantes y que desempeñó un papel decisivo en la moción de censura que aupó al poder a Sánchez solo 13 meses antes, desalojando a Mariano Rajoy de la Moncloa. Donde aparecen serias discrepancias es en la forma de afrontar la situación. En las primeras reacciones al anuncio de Sánchez, el periodista Enric Juliana sintetiza el debate que acaba de desencadenarse en el seno de Podemos:

—La clave ahora es si serán capaces de emanciparse del sentimentalismo —anticipa Juliana.

Efectivamente, la reacción de la mayoría de la cúpula morada es virulenta.

—No pensamos sentarnos a negociar. Vetar a Pablo es vetar a Podemos. O Sánchez se retracta o los puentes están rotos —transmiten desde la dirección a los periodistas que siguen la actualidad del partido.

Sin embargo, otra visión minoritaria sí que intenta «emanciparse del sentimentalismo»:

—Sánchez juega sucio, pero se ha movido. Si sabemos ver la jugada podemos hacerlo caer en su propia trampa.

«Su propia trampa» es verse obligado a aceptar un Gobierno de coalición que a estas alturas está muy claro que no quiere. Pero ha sido él quien lo ha dicho: «Iglesias es el principal escollo para un Gobierno de coalición entre el Partido Socialista y Unidas Podemos». Luego, sin Iglesias, ese Gobierno es posible.

Quien suda esta teoría en el patio del Congreso de los Diputados es el jefe de gabinete de Iglesias, Pablo Gentili, que pasea de un lado a otro con su chaqueta de lino gris y camiseta negra como un tigre enjaulado.

—¿Tenés un cigarro?

A pesar de su optimismo, el experimentado asesor argentino no puede ocultar que el PSOE acaba de arrinconarlos. Absorbe el humo con ansia. Se enfrenta a una situación que jamás habría imaginado al aterrizar en España hace apenas siete meses, y mu-

cho menos cuando conoció a Pablo Iglesias en Buenos Aires en marzo de 2018.

Por esas fechas el líder de Podemos había viajado a Argentina para participar en la Marcha por la Memoria de los 30.000 desaparecidos durante la dictadura militar. Gentili actuó de cicerón en una jornada inolvidable para el político español. Lo llevó a pasear por el impactante parque de la Memoria, donde un hombre que hacía deporte reconoció a Iglesias y lo abrazó llorando. Lo presentó a las Madres de la plaza de Mayo, con las que compartió cabecera en la multitudinaria manifestación, y lo hizo subir al escenario a pronunciar unas palabras ante cientos de miles de personas. Para terminar, lo invitó a cenar asado.

Iglesias quedó cautivado por aquel hombre que había sido mano derecha de Lula y Dilma Rousseff en Brasil. Gentili tenía una experiencia nada frecuente en Europa: trabajar para una izquierda que ganaba y gobernaba. Justo lo que anhelaba el líder morado, al que tampoco le sobaban asesores veteranos y con una visión panorámica de los cambios en política a lo largo de los años. Gentili superaba los 50, y aceptó la oferta que le planteó Pablo Iglesias de sumarse al equipo de Unidas Podemos para gestionar los pasos de la izquierda tras la moción de censura a Mariano Rajoy.

Pero de eso hace ya siete meses y el plan de Gentili de pasar una temporada en la tranquila Europa, empapándose de las sutilezas de una política menos cardíaca, no está siendo tan relajante como había pensado.

Antes de hablar, le da una última calada al cigarro al que le han invitado.

—Es todo el PSOE contra Pablo. Ahora, si no hay Gobierno, parece que es su culpa. Quieren destruirlo. —Echa el humo y niega con la cabeza.

Sánchez consigue reducir el terreno de juego a un espacio muy ingrato para el líder de Podemos: si no hay acuerdo de la izquierda es por el egoísmo de Iglesias.

Aunque en realidad el veto es la expresión final de una evidencia: tras darle muchas vueltas, Pedro Sánchez nunca termina de ver claro un Gobierno de coalición con Unidas Podemos.

—Nunca tuvo un especial interés —reconocen algunas de las personas más próximas a Sánchez.

Al candidato socialista le incomoda la presencia de pesos pesados de la formación morada en su Consejo de Ministros y argumenta que podría poner en riesgo la estabilidad del país. Le preocupan especialmente la economía y el conflicto en Cataluña, y cree que un Consejo de Ministros con presencia de Podemos le debilita para afrontar ambos retos. Además, también le inquieta el simple hecho de pensar que en su gallinero se pueda colar otro gallo que se dedique a cantar media hora antes que él.

—En este momento no se da ni la convicción ni la generosidad suficiente para compartir el poder —razonan en la sala de máquinas de Moncloa.

Después de las elecciones del 28 de abril y la victoria socialista, el plan favorito de la Moncloa es gobernar en solitario y jugar a la geometría variable a lo largo de la legislatura. El propio Sánchez cierra la entrevista en la Sexta pidiendo la generosidad del resto de las fuerzas políticas para investirle presidente. Lo que ansía es la abstención de algún partido que le permita gobernar sin ataduras, aprobando algunas leyes con Ciudadanos y el PP, y otras con Unidas Podemos.

Desanimado, Gentili se va a casa. Esa noche duerme mal. No le ha dicho a su jefe todo lo que piensa porque no ha tenido ocasión, porque no lo ha visto a solas y porque no sabe cómo se lo va a tomar. En algunos estamentos del partido sus planteamientos no han sentado del todo bien. Cuando se despierta el viernes, tiene una llamada de Dilma Rousseff. Se la devuelve y se desahoga.

—Tienes que decírselo, es lo mejor para él —le aconseja la expresidenta brasileña.

Gentili se decide, sube a un taxi en dirección a Galapagar y agarra el móvil:

—Pablo, estoy yendo a tu casa, tenemos que hablar.

—Vente al Congreso, que ya estoy aquí.

Cuando entra al despacho de Iglesias, lo encuentra allí solo. El discurso de un bonaerense siempre es rico en detalles, y Gentili suelta una larga retahíla antes de decir lo que realmente quiere decir.

—Esto te puede hacer mucho daño. Están deseando decir que las cosas no salen por culpa tuya. Tenés que renunciar, Pablo —termina su alegato.

El jefe lo escucha atentamente. Está más serio de lo normal y a su asesor le sorprende que la respuesta ya la tenga meditada:

—Voy a renunciar para que no tengan excusas.

Iglesias está convencido de que la jugada de Sánchez es un órdago, y de que el socialista no espera que él lo vea:

—Vamos a poner en evidencia que es mentira que él esté dispuesto a formar un Gobierno con nosotros aunque yo me retire.

El movimiento es arriesgado. Dentro de Unidas Podemos, Iglesias no es un candidato o un secretario general al uso. En el sentido más amplio de la expresión, es un líder.

Su renuncia convertiría a Irene Montero en la cara más visible de la formación en caso de que se formara Gobierno. Podría ser vicepresidenta. Y por eso y por más cosas su dolor es político pero también personal. Montero no quiere que Iglesias renuncie y le cuesta especialmente digerir un sapo que todos acaban tragando con tristeza.

«Estoy desconsolada, Pablo», escribe en un mensaje Yolanda Díaz, por entonces dirigente de Esquerda Unida y una de las personas más cercanas al líder de Podemos.

Iglesias acaba de hacerla llorar con la noticia de su renuncia. Le pide que no se preocupe por él y que le ayude con el texto del comunicado que está a punto de grabar.

«Igual te toca ser ministra, así que a trabajar», le escribe Iglesias.

«No pienso ser nada si tú no estás en esto. ¿Tè enteras? Jamás.»

«Tè quiero mucho, Yolanda.»

Antes de levantarse del sofá en el que ha escuchado atentamente los argumentos de Gentili, el líder vetado manda también un mensaje a Pedro Sánchez:

«Estoy dispuesto a no formar parte del Gobierno si no hay más vetos y si nuestra presencia es proporcional a los votos.»

Sin esperar la respuesta, graba el vídeo.

—Nuestro país necesita un Gobierno de coalición de izquierdas y yo no puedo ser la excusa a la que se aferre el PSOE para impedirlo —dice mirando fijamente al objetivo.

—Perfecto. Este es el bueno —corta el equipo.

La cámara se apaga.

—Gracias. Pasádmelo cuando esté subido, chicos. Me voy a casa.

Iglesias se cuelga su mochila negra al hombro antes de salir por la puerta. La devoción en Podemos hacia su líder es total, y su gesto es recibido como la última gran prueba de generosidad y responsabilidad por los miembros de su equipo.

—Pablo es un grande.

—Es enorrrrrme, joder.

—Qué altura, hostia.

Los elogios corren a la misma velocidad que las cervezas en la barra de Casa Manolo, bar con solera en los alrededores del Congreso y lugar de encuentro de políticos y periodistas. Cuando empieza a bajar la persiana del local, el equipo que ha grabado el vídeo está al borde del desmayo.

—¿Ya cerráis?

—Deberíamos haber pedido croquetas, joder.

—Qué grande es Pablo, coño.